

el pelo tan chiquito que le ahorra peinarlo por las mañanas. Acomodaba la ropa en el clóset de la casa perfectamente arreglada en la que se desenvolvía el tiempo maquinal en el que vivía. El momento más feliz era cuando se quedaba sola. El hijo y el marido fuera de la casa la mañana y la tarde y ella ahí quedándose con ella misma. Lo peor venía los fines de semana cuando el hijo y el marido no tenían ocupaciones fijas y entonces a Alejandro le daba por ir juntos al súper o al cine. Lo del súper lo solucionó yendo una vez cada tres meses y lo del cine prefirió comprar su DVD para alquilar películas. Ella alquilaba las películas de su gusto mientras Alejandro y Pedro compartían las novedades de Disney o la última de Harry Potter.

Nada pasaba, decía Vania cuando Alejandro le reprochaba su desinterés por ellos dos. Ella se asombraba porque era claro que los atendía, les preparaba los alimentos, limpiaba la casa, contestaba el teléfono, iba a las juntas de la escuela, recibía su regalo el día de la madre, ahí estaba para ellos. No sabía qué quería Alejandro. ¿No era eso el hogar? Ahí la tenía día y noche disponible en la casa.

Esa vez la acidez entró a la casa con la luz amarilla del atardecer de los días de agosto. Un relámpago anunció el próximo trueno y Alejandro la tomó por los hombros y la aventó al piso. ¿Qué quieres? gritó él, sumamente airado, mientras ella se quedaba inmóvil, tosiendo en el suelo. Volvió a abalanzarse sobre ella, sofocándola, cuando Vania le gritó ¡no te hincaste en la iglesia! Alejandro quedó inmóvil. El día de la boda él había accedido a casarse por la iglesia sólo por complacer a Vania y su familia, sin embargo, en el momento de la consagración quedó de pie mientras ella, con su traje de novia, se hincaba. El lazo matrimonial los lastimaba a ambos porque se restiraba más de lo que daba su longitud.

Vania se quedó en la casa mientras Alejandro se fue a vivir a un departamento. Pedro terminó la escuela pasando los fines de semana con su padre. Después, se fue a Guadalajara a seguir la vida. Las tormentas siguen cayendo sobre los indemnes habitantes de Tepic, las vemos venir anunciadas por las nubes negras que caen sobre el valle. Desde el cerro de San Juan está viniendo el amarillo tormenta. Vania mira a la ventana cuando vuelve a contarnos la historia de las dos fronteras.

## Lo que vi en el agua

---

(Fragmento)

*Nadia Contreras*

\*

La mañana se abre.  
Oigo sus augurios. El salmo de los pájaros,  
la risa de los niños  
en el cuarto de junto. La felicidad.

Las ventanas, también, son caricia;  
crepuscular la sábana de mi cuerpo.  
Y más que la luz,  
su vendaval de cielos despejados.

La soledad se esparce.  
Y sus abismos y sus huellas. El juego  
es vivir.

Vivir,  
oscuramente tornasolada.

\*

El estertor de la idea.  
Vibra,  
desespera en su expansión de humo.

La oscuridad es certeza.  
Y esta certeza, continuidad de un reflejo.

Las horas llegan y tal como llegan  
se van,  
en acuarelas sin sueño.

El artista no duerme.

Y si duerme lo hace para mirar.

No bosqueja. Preferible  
la seducción del impulso, discontinuidad:

— múltiples bocas, un auto  
hacia las afueras de lo que parece una ciudad.  
Explosiones, manchones de pesadillas, frases.

El artista no duerme:  
la sola idea lo demora,  
en lo que ya es de por sí, interminable.

\*

Avanzo.  
Hacia la profundidad del cuadro  
soy un testigo más:

la mujer, su exquisita cintura,  
y el parasol cubriéndola de cualquier ahogo.

¿Qué es aquello que se vislumbra  
en la confusión y la ternura?

Un lago  
— o lo que parece ser,  
en blanca transparencia— .

\*

Abre la piel, el mar.  
Se funden barcos, objetos  
que me pertenecieron alguna vez.

– Es el huracán,  
su puño de luces afiladas.

Yo nunca lo he visto. Me lo imagino  
cuando ya bebo de él,  
su ardiente prontitud.

\*

Visto a contraluz,  
el pez. Se estremece, se estira  
en la distancia del agua.

Afuera, el cielo es un regreso continuo.  
Su reflejo, no se detiene.

Vuelven los instantes al pez.  
El tiempo son sus ojos:  
lienzo que se incendia.

Se transforma.  
Y la tormenta, atrayéndolo.

\*

El color dice más que el gesto  
en oblicua falsedad.  
Sea de los ojos o de la blusa  
disimulando la perforación del ombligo.  
No miente. Potencia los nervios,  
el amor en fulgor de piel y labios.  
El color del mar o del cielo,  
es uno solo en espesura;  
bajo la niebla o el rumor de los árboles.  
Se mezcla. En la profundidad de su máscara

irrumpe nueva existencia.  
Su brillo, no termina. O tal vez sí:  
cosas que van y vienen desteñidas.

---

## Evelyn Flores

---

### Fotógrafa

Evelyn Flores Mairena nació en Nicaragua pero vive en Comala desde hace ocho años. Estudió ciencias de la comunicación en el ITESO, en Guadalajara, y se tituló con la tesis «La fotografía como recurso en la microhistoria», la cual luego se convertiría en *La lente de un pueblo que hace historia. Tlajomulco de Zúñiga*, una recopilación fotográfica de la historia de ese pueblo jalisciense. Fue reportera gráfica de los diarios *Siglo 21* y *Público-Milenio* de Guadalajara, así como de *Milenio-Colima* y corresponsal gráfica de la Agencia Procesofoto. Ha colaborado con fotografías para diversas publicaciones como *La Jornada Semanal*, *Tierra Adentro*, *Artes de México*, *Luzina*, *Ventana Interior* y la agencia de noticias internacionales AP, entre otros.

Ha sido becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, así como del Programa FotoGuanajuato. Actualmente dedica gran parte de su tiempo a ser mamá, pero nunca deja de ser fotógrafa.

### RESEÑAS

---

## *Imperio móvil* de Elva Macías

---

Fondo de Cultura Económica (Colección Centzontle), México, 2007, 99 pp.

**Ada Aurora Sánchez**

Universidad de Colima

Insertar GRAFICO 09.jpg